

“MI NIETO VÍCTOR Y LA NIEVE”

Eloy López Gurría
Socio de AMUEZ



Justo cuando la claridad del amanecer inundaba la habitación donde Víctor y yo dormimos en nuestra casa del pueblo, un ligero e insistente arañazo, como rasguño de animal alado se originó en el cristal del gran ventanal del dormitorio y despertó al niño; este se alzó al instante y se quedó sentado en su cama.

¡Yayo, Yayo! Me llamó con insistencia. Al ver que mi sueño tardaba en dejarme, saltó sobre mi cama y tras patear mis sufridas costillas se acurrucó a mi lado y casi sin esperar a que mi despertar fuera real, me espetó a voz en grito en la misma oreja ¡Yayo, Yayo ha nevado! El ruido producido en el cristal, no era otro que el producido por una ramita del sauce de la entrada a nuestra casa, cristalizada por la nieve helada. Había nevado y no poco; un blanco manto immaculado, únicamente hollado por unas diminutas pisadas de algún perro despistado, cubría todo lo que alcanzábamos ver desde la ventana, hasta el pequeño collado al otro lado del río.

Me temí lo peor, sabía que Víctor no tardaría en exigirme salir del confortable y cálido hogar para ir a pisar aquel maravilloso y llamativo manto con reflejos argentados, que el sol producía cuando el cielo nuboso dejaba un pequeño hueco entre el celaje. La mañana era fría, pero calmosa.

Después de un buen desayuno abundante, y bien pertrechados de buenas botas y ropa apropiada para el frío, procedimos a la apertura de la puerta de la casa; la nieve venteadada estaba taponando gran parte de entrada, como temíamos. No nos costó mucho tiempo hacer un pasillo hasta la calzada, pues la nieve recién caída era fácil de trabajar, desde donde pudimos caminar, no sin

precaución, sobre los aproximadamente veinte centímetros de nieve acumulada. Lo primero que llamó la atención del pequeño fueron los alargados carámbanos que se desprendían de los tejados, como si fueran estalactitas heladas, debido a un temprano deshielo; le conseguí una de aquellas agujas gigantescas y la mantuvo en sus manos extasiado, jugando a no sé qué guerra hasta que el témpano dejó su palma pasmada de frío, dolorida y de color violáceo,



que inmediatamente tuve que celerar con la consiguiente protesta y lagrimeo: una experiencia más para su incipiente formación.

Dejamos atrás los albinos tejados de las casas del pueblo, uniformados por la nevada, buscando campo abierto donde Víctor pudiera corretear, con su trotecillo infantil inagotable, por alguna planicie sin peligro; la ventisca había amontonado la nieve a un lado del camino, dejan-

do un pasadizo natural por donde la nieve no cubría excesivamente nuestro calzado y se caminaba con cierta comodidad. A lo lejos se escucharon las campanas de la iglesia del pueblo cercano y ante la extrañeza de mi nieto, le conté una costumbre de nuestra tierra, de tiempos pasados, cuando las nevadas eran copiosas y algunas personas que faenaban con los rebaños de ovejas quedaban aisladas en las bordas; las tremendas ventiscas no permitían caminar, con una orientación fiable, por los caminos de regreso a sus hogares; por eso, hacían sonar las campanas para que su sonido hiciera de guía para los extraviados.

¿Cómo un faro para los barcos? Me contesto, y casi emocionado por la sagacidad que demuestra un ser tan pequeño lo abracé con ternura, abrazo que deshizo inmediatamente, pues a él le apetecía corretear por la nieve y formar montoncitos con ella.

De pronto, en un campo al lado del camino una pequeña liebre se afanaba por salir de la inconsistente nieve; sus esfuerzos eran vanos, pues cada vez se hundía más. Víctor asombrado al ver al animal luchando impotente por correr con libertad, me dice: ¡Yayo vamos a cogerla! Y sin pensarlo dos veces, sale del camino, salta al campo y ¡Ay! Se hundió en la nieve hasta la cabeza. Después del inocente susto, no pude contener la risa, a la vez que él las lágrimas y el enfado. La libre marchó trastabillando por la nieve; yo limpié la que tenía Víctor escondida por todos los rincones de su ropa y antes de que la humedad le perjudicara fuimos en busca de un buen fuego para secarla. ¡Vaya gazapo que había cogido!